



La espiritualidad cristiana encuentra una de sus fuentes más puras en la liturgia: ese conjunto de oraciones, gestos y símbolos con que la Iglesia va acercando a nuestros sentidos, a nuestro corazón, el misterio de su ser sobrenatural.

El sentido litúrgico es un deseo de descifrar el enigma de los ritos y ceremonias de la Iglesia y de participar en ellos, para calar hasta la corriente de aguas vivas, que es su vida interior.

PROYECCIÓN quiere ayudar, sobre todo a los jóvenes, a realizar ese encuentro con

LA LUZ, SÍMBOL

El ciclo litúrgico de Navidad se cierra con la festividad de la Candelaria. En ella encontramos la transición entre Navidad y Pascua. Todavía vemos al Niño en brazos de la Madre, pero ya es ofrecido en sacrificio al Señor.

La liturgia de la Purificación de la Virgen y la Presentación del Niño en el Templo está llena de encanto y condensa en su sencillez casi aldeana —tórtolas, palomas...— lecciones delicadísimas de espiritualidad. Sólo estudiaremos el símbolo que resume todas sus enseñanzas: la luz.

En el simbolismo de la luz hay una sugestiva progresión en las tres grandes festividades de este ciclo litúrgico: Navidad, Epifanía y Purificación.

En *Navidad*, «la noche se esclarece con el brillo de la verdadera luz», que es «la nueva luz del Verbo Encarnado», «esplendor de la gloria» «que ilumina a todo hombre que viene a este mundo». Pero esta «luz brilla en las tinieblas» y sólo la contemplan María, José y los Pastores «a quienes rodea la claridad de Dios».

En la *Epifanía*, de las tinieblas del paganismo vienen los Magos a Jerusalén. «La estrella que habían visto en Oriente, les precedía hasta que se detuvo sobre el lugar donde estaba el Niño». «Levántate,

razones anhelantes de los fieles: una jubilosa fiesta de luz en el Templo de Dios.

«Yo soy la luz del mundo»

el alma de la Iglesia, encuentro que ha de ir preparado con una disposición ingenua en el corazón y en los labios, pero a la vez ha de estar iluminado con la claridad de la Teología, de la Escritura, si quiere transformarse en frutos de genuina religiosidad.

En las líneas que siguen —una nota nada más— nos fijamos en la festividad más importante del mes de febrero: la popular fiesta de la Candelaria.

CRISTIANO

José M.^a de Azeredo S. I.

Jerusalén, y resplandece de brillo porque llegó tu luz, y la gloria del Señor se levantó sobre ti... Las naciones caminarán en tu luz y los reyes en el esplendor de tu naciente claridad». Es la luz de Cristo que empieza a brillar sobre el mundo.

En la *Candelaria*, la luz es ya parte esencial de la liturgia; la llevamos en nuestras manos como la Virgen llevó en las suyas a su Hijo, «nueva luz, engendrado antes de la estrella naciente», mientras somos «interiormente iluminados por la luz de la gracia», «luz indefectible» y «abrasados por el fuego santo de dulcísima caridad».

Este conjunto de citas tomadas de la liturgia de las tres festividades indicadas, muestra la imagen de la luz dominando en ellas y cada vez más acentuada. Aquella lucécita —Cristo Niño en el pesebre— que iluminó, estática, en la noche, a los Pastores, va creciendo y se transforma en estrella caminante que guía con su rastro luminoso a los Santos Reyes, primicias de la gentilidad, hasta llegar a ser plenitud de aurora, día esplendoroso, en las manos y en los co-

En estos cirios encendidos que la liturgia pone en nuestras manos, en la fiesta de la Candelaria, está simbolizada la verdadera luz del mundo: Jesucristo.

Dice San Anselmo: «La cera de las velas significa la carne virginal del Divino Infante... y la llama la divinidad de Jesús».

El símbolo de la vela encendida, aplicado a Cristo, está, ciertamente, lleno de propiedad y belleza. Nada más apropiado para hablar a nuestros sentidos de la misteriosa carne del Verbo, formada en las virginales entrañas de María, que la cera, elaborada con sustancias puras y fragantes por abejas no fecundadas. También la llama representa con bastante propiedad la divinidad de Cristo. En el Credo, según lo rezamos en la Misa, decimos: «creo en Jesucristo... Dios de Dios, Luz de Luz». El Verbo, que es luz, procede de la luz del Padre, como una llama nace de otra sin que ésta pierda nada de su esencia y vigor.

Del símbolo nos pasa San Juan a la expresión directa cuando nos dice, al principio de su Evangelio, hablándonos del Verbo de Dios: «*era la luz verdadera, la que ilumina a todo hombre que viene a este mundo*» (Io 1⁹).

En la antífona del Magnificat oficio del día 21 de diciembre— encontramos una frase paralela a la de San Juan: «Oh estrella naciente, esplendor de la luz eterna y sol de justicia, ven, ilumina a los que viven en las tinieblas y sombras de la muerte».

Y el mismo Jesucristo, cuando enciende los ojos del ciego de nacimiento, dice de sí mismo: «*Yo soy la luz del mundo*» (Io 9⁵).

Jesucristo, en efecto, es para nosotros luz de la inteligencia por la fe y por su doctrina de verdad infalible, pues no puede engañarse ni engañarnos; y es llama del corazón por el amor y por la gracia.

Advirtamos que es la Iglesia la que pone en nuestras manos el cirio encendido, figura de Cristo. Sólo ella nos lo puede dar. A ella pues hemos de recurrir si queremos participar de la vida y salvación del Redentor.

Y aunque no esté plasmada en la liturgia, es una enseñanza evidente — nos la explica el Evangelio— que en un plano más íntimo, ha de ser María, Madre, Corredentora y Medianera, la que ponga en nosotros a Cristo como lo puso en los brazos cansados del anciano Simeón.

«Vosotros sois la luz del mundo»

Estando tan íntimamente unidos a Jesucristo —en perfecta simbiosis divina, como el sarmiento está unido con la vid— de manera que formamos con Él un solo Cuerpo, parece que también en nosotros debe haber una exigencia de luz.

Así es en realidad. En el bautismo se nos enciende esa exigencia, al darnos, por mano de los padrinos, un cirio llameante, señal de nuestro título de hijos de Dios y hermanos de Jesucristo.

San Pablo lo dejó escrito con frase exacta: *«antes erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor»* (Eph 5 8). *«Todos vosotros sois hijos de la luz»* (1 Thess 5 5).

Pero sobre todo es Jesucristo quien, en un pasaje lleno de belleza, reduce la misión de sus seguidores en el mundo a ser antorchas que iluminen los caminos de la vida: *«Vosotros —dice— sois la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad colocada sobre el monte. Ni se enciende una lámpara y se pone bajo el celemin, sino que se coloca sobre el candelero, para que dé luz a todos los de la casa. Que brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre del cielo»* (Mt 5 14-16).

Seremos pues luz del mundo, si llevamos con nosotros el brillo de nuestras buenas obras. Si ese brillo se oscurece nos rodearán las tinieblas: *«Y esta es la causa de la condenación: que la luz vino al mundo y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Todo el que hace el mal, odia la luz y no viene a la luz para que no sean vituperadas sus obras. Pero el que pone en práctica la verdad, viene a la luz para que se vea que sus obras están hechas conforme a Dios»* (Jo 3 19-21).

También San Pablo insiste: *«Caminad como hijos de la luz. Los frutos de la luz son: la bondad, la justicia, la verdad plenas. Haced lo que agrada al Señor y no perdáis vuestra vida en obras estériles de oscuridad»* (Eph 5 9-10).

En la festividad de la Candelaria no hay clari-

HIMNO LUCERNARIO

Luz sonriente,
santa, inmortal y gloriosa luz
del Padre de los cielos.

Luz sonriente,
santa y bienaventurada luz
de Jesucristo.

Cuando ha muerto nuestra
[luz,
otra luz ha nacido en la noche.

Por eso cantamos
al Padre y al Hijo
y al Dios Espíritu Santo.

Siempre cantan al Hijo
nuestras ardientes voces.
A ti, Cristo, cantamos;
Tú iluminas al mundo,
y su luz te glorifica.

- **Lucernario** (de la palabra latina **lucerna**—lámpara de aceite) es un vocablo que en los antiguos documentos cristianos tenía varios significados.

Se refería principalmente:

- a la última hora canónica del día, tiempo en que, por desaparecer la luz del sol, había que encender lámparas.
- a la parte del oficio divino que se recitaba en ese tiempo y que después llegó a confundirse con las Vísperas. De ahí que «himno lucernario» equivaldría ahora a «himno de Vísperas».

- *El himno transcrito, célebre aun hoy entre los griegos y orientales, es de origen no posterior al siglo III.*

dad de ángeles que oriente a los Pastores, ni estrella que conduzca a los Magos hasta los pies del Niño Dios, porque nosotros mismos, con la luz de la verdad bien visible en nuestras manos, debemos encaminar a los demás hombres a la Iglesia de Cristo.

Notemos por fin otro simbolismo consolador en la fiesta de la Purificación. María Santísima llevó a su Hijo en los brazos al Templo del Señor, imagen de la Jerusalén celestial. También nosotros, después de la bendición de los cirios, entramos con ellos, en procesión, en la Iglesia, que es la casa de Dios y figura del Paraíso.

Así peregrina el cristiano en esta vida camino del cielo, con la luz viva de la fe, la llama de la caridad y el brillo de las buenas obras; con «lámparas encendidas en las manos» (Lc 12 35), en espera de la hora en que llegue Cristo, para entrar con Él en el banquete celeste (Mt 25 15). Allí «no serán necesarios ni sol ni luna que alumbren la ciudad, porque la claridad de Dios la iluminó y el Cordero es su lámpara» (Apoc 21 23). El Cuerpo Místico de Cristo habrá llegado entonces a su plenitud, y todos —llamas que se van confundiendo y compenetrando— formaremos una sola luz.

